

LA SUSTANCIA DE LOS TIEMPOS

Roberto Guevara, Agosto 1990

Ver viene primero. Es la vía para construir el primer universo. Pero... ¿ver qué, exactamente? La respuesta se puede desplegar en los milenios de cultura visual, con sorprendentes variables. Para algunos artistas, el ver se vuelve excepcionalmente denso, y puede llegar a ser inseparable del pensar. Esta inclinación tiende a definir obras que radicalmente se alejan del escenario común de lo visible. En efecto, más allá de las apariencias, las formas logran vínculos sorprendentes, subvierten los reinos, obligan la lógica, permiten conciliaciones en el subconsciente y dejan aperturas para la conexión con el pasado o con todas las formas de la Utopía. Tal vez por todo esto debemos considerar la obra de Carlos Solórzano como un área aparte dentro del panorama de búsqueda que atraen a los jóvenes artistas venezolanos de esta última década. Lejos tanto de las modas recientes, como de las especulaciones formales heredadas de las malas escuelas de arte, Solórzano no ha vacilado en formar alianzas con visiones manifiestamente enraizadas en culturas del pasado, o de ofrecer imágenes que en sus telas equivalen a revelaciones cercanas a la anticipación científica, o tal vez, en una última instancia, no ha tenido temor en dejar que crezca dentro de sus telas un obsesivo mundo barroco que puede ser capaz de conjugar materias, formas y visiones de distintos niveles de la realidad. Su obra parece conducida por una honda necesidad de saber sobre el efecto en nosotros de las huellas de otras vidas y experiencias, las regresiones, los pavores y aleluyas que entonces y ahora condujeron a los hombres. De esta manera, dibujos y pinturas se comportan como fases de un proceso de introspección, donde lo individual y lo colectivo apenas si pueden aceptar linderos. Más que una constatación, las obras de Solórzano son una nueva salida al asombro.

Este muy poco usual punto de partida hace todavía más complejo el seguimiento del trabajo del pintor. Comienza a destacarse con una importante muestra individual, realizada hace cuatro años en la galería Los Espacios Cálidos, en Caracas. Ya entonces se presentan sus extraños personajes simbióticos, las atmósferas abigarradas, la arquitectura concebida como una floración envolvente, y la masa orgánica que no deja lugares vacíos. Ya desde este primer encuentro se revela que la obra de Solórzano no trata de recrear visiones o temas de tiempos consumidos, sino de reconocer signos vivientes que de alguna manera sobreviven todas las eras. Como esas gárgolas/personajes que desde hace siglos otean los grandes silencios desde lo alto de las catedrales europeas. En el artista, el misterio parece todavía intacto, el terror igual de vasto, la fascinación fresca como un día nuevo.

La evolución ha proseguido, y marca cambios notables. Aquéllas seres que podrían ser algunos de los más terribles engendros concebidos por el genial escritor norteamericano H. P. Lovecraft, capaces de vivir como razas paralelas que nos acechan desde las hendiduras que brotan de las entrañas de la tierra, se han convertido en las telas del artista en una materia viva, que se desplaza en círculos, que se desfasa de su forma y aborda otras vecinas, porque el todo está hecho de la sumatoria de seres confundidos, imbricados, como un inmenso animal cósmico. En la parte técnica, las seguridades del pintor han crecido, dominan las difíciles inserciones de las formas dentro de otras, hacen más presentes las materias que se mueven en ellas. Solórzano abre el enigma del cual debe sacar las claves. Trabaja sobre una sustancia moviente de la cual forma parte y que fragmento a fragmento devela los ecos que nos corresponden.

